

gido entre los nómadas un caudillo de excepcional importancia que ha conseguido sobreponerse á todos, pero este fenómeno ha sido siempre de corta duración. La sucesión hereditaria en la dignidad de caudillo no es absoluta en todas las tribus tиббús, puesto que cuando aparece un hombre realmente notable se prescinde de la legitimidad tradicional. Por todas estas circunstancias han sido siempre los borkuanos, en lo que la historia alcanza, la pelota de sus vecinos, á lo que no dejó de contribuir el hecho de no haber en esta región espacio ni otras condiciones naturales para la formación de un reino independiente. Sus vecinos mahometanos alegan, como razón que justifique los malos tratos de que hacen objeto á los borkuanos, el paganismo que éstos profesan, pero este fundamento no tiene, por lo menos en la actualidad, valor ninguno. pues por muy pobres que sean las nociones religiosas de estas gentes, gracias á la falta de enseñanza, es indudable que en Borkú se conserva, cuando menos en la forma, el islamismo religión que á lo sumo dejarán de profesar todavía sus vecinos sudorientales, los baeles (beles) ó bidejates del país de Ennedi. Por la simple aseveración de Nachtigal de que los korares eran realmente mahometanos, prometió el benigno rey Alí de Wadi tratarles con mayor consideración.

El grupo de oasis de Ennedi, que confina por el Este con Borkú y que como éste parece una especie de estribación avanzada del país de Tibesti, no ha sido todavía visitado por ningún europeo; pero á Nachtigal, al infatigable viajero, estábale reservada la suerte de obtener acerca de él una porción de noticias que le permitieron trazar la primera descripción clara del territorio y del pueblo de esta comarca tan importante desde el punto de vista histórico. Ennedi, con todo y estar situado más hacia el Sud que el país de Borkú, pertenece por completo al desierto, y está separado de Borkú en parte por unas fajas pedregosas y en parte por líneas de movedizas dunas. El viaje desde Wun, el oasis más oriental de Borkú, hasta Nikaule, el más occidental de Ennedi, puede hacerse en 8 ó 9 jornadas. Es sumamente difícil determinar la extensión de este país que, al igual que Borkú, no nos ofrece un territorio completamente cerrado y carece asimismo de fronteras fijas; los baeles dicen que su país se extiende al Norte hasta Wanjangá y al Oeste hasta el camino de Wadai; pero aun con estos datos se ignora hasta dónde llega por el Sud y por el Este ya que en estas direcciones se funden aquéllos insensiblemente con las tribus de los zoghawas ó zaghas con las cuales forman una sola familia étnica. Es asimismo sumamente difícil dar una idea clara de la configuración del suelo y de la dotación de aguas de este territorio; sin embargo, apoyándonos en los datos obtenidos por Nachtigal, podemos decir que aquél tiene el carácter de comarca montañosa cuyas principales alturas están situadas al Este y de la cual nacen innumerables y extensos valles que se prolongan hacia el Oeste. El hecho de que algunos de estos valles contengan en su parte más elevada ríos permanentes de no pequeño caudal, parece demostrar que las alturas de esta cordillera no son de escasa importancia, por más que no se tenga noticia de que en Ennedi existan elevadas montañas. Basta echar una ojeada sobre el mapa para comprender que una cordillera más ó menos importante en este sitio no puede ser otra cosa que un eslabón intermedio entre la colosal elevación de Tibesti y la no insignificante de Darfur ó de la cordillera Marra. Y así parece ser, en efecto; hasta el carácter abrupto y el color generalmente oscuro y raras veces rojizo de las peñas de esta cordillera recuerdan la comarca de Tibesti.

Aunque la abundancia de aguas es mayor en Ennedi

que en Tibesti, su distribución es análoga en ambos países, puesto que aparece en uno y otro como corriente subterránea, ora brotando en forma de manantial ora siendo alumbrada por medio de pozos, y que sin salir á la superficie alimenta una rica vegetación en la parte baja de los valles. En la parte central y alta de éstos, el agua, en el período de las lluvias de verano, forma impetuosas corrientes que surgen á menudo de un modo inesperado. Fuera de los valles que son centros de vegetación y de cultivo y asiento de las principales residencias del país de Ennedi, hay muy pocos manantiales; concéntrase en aquéllos casi toda la vida y toda la cultura de estas regiones y únicamente las estepas ricas en los forrajes del Sahara alimentan á los numerosos rebaños de los baeles. Este país parece pobre en terreno fértil; en cambio abunda en hierro, y posee no sólo en el camino de Borkú unas salinas que producen una sal de regular calidad, sino también un yacimiento de sal gema encarnada junto á Dimi (al Norte del territorio), del cual se saca la sal más estimada en el Sudán oriental. El mercado principal de este artículo es Billia, desde donde se exporta á Darfur y á Wadai, y como esta ciudad es al propio tiempo el depósito de los cereales y de las telas que sirven para cambiar por sal, de aquí que esa plaza haya llegado á ser, desde el punto de vista mercantil, la más importante del Sahara oriental. En todas las comarcas del alrededor, la sal puesta en cestas de $\frac{1}{4}$, de la carga de un camello, es decir, de 30 ó 40 libras, ha llegado á ser el signo de valor general: Nachtigal vió en Borkú cambiar una carga de camello de sal por tres de cereales y en Wadai la proporción es mucho mayor, pues para adquirir una medida de aquélla se necesitan 30 de éstos. Esto no obstante, también se ven en el mercado de Billia algunos thalers de María Teresa. Hay en el país algunas palmeras datileras y más aun palmeras dum, pero los baeles que se dedican á la agricultura sólo plantan mijo, maíz, judías sandías y calabazas, y aun éstas en pequeña cantidad. En el extremo Sudeste se planta también algodón. Este territorio, gracias á la mucha vegetación propia de las estepas que cubre su suelo y que con las lluvias veraniegas parece ha de alcanzar cierta exuberancia, es más á propósito para la cría de rebaños nómadas; por esto son principalmente nómadas los baeles que sólo secundariamente se dedican á la agricultura, pero su nomadismo está contenido dentro de estrechos límites porque las rapaces tribus árabes, y especialmente los aulad-solimanes, tiempo há que han hecho sumamente inseguros los apartados territorios abundantes en pastos. Después de los excelentes camellos de Ennedi, los tuaregs sudorientales han extendido hasta allí (á más de 1.000 kilómetros de distancia) sus ghacías. Los baeles no son comerciantes emigrantes sino que hacen su comercio únicamente dentro de su propio país, estando confiado á los zoghawas el papel de intermediarios del comercio con el exterior. Wadai y Darfur son sus principales objetivos, habiendo en la actualidad caído en olvido completo un camino de caravanas que en otro tiempo conducía á los territorios del Nilo pasando, quizás, por Dajel. Nachtigal evalúa en 14.000 almas la población de Ennedi, de la que una parte reside en el Ennedi Daza occidental, otra en el Teda septentrional y la más numerosa pertenece á los baeles, que son una rama propia de la tan extendida tribu de los tиббús. En punto á costumbres existe gran analogía entre estas gentes y los tedas: el traje y el armamento son completamente iguales en unas y otros; en cambio, por lo que toca á las viviendas, las de los baeles, á pesar de no estar agrupadas en aldeas, no son tan aisladas como las de los tedas.

Kawar (Kauar) ó Henderi Tege (nombres árabe el pri-

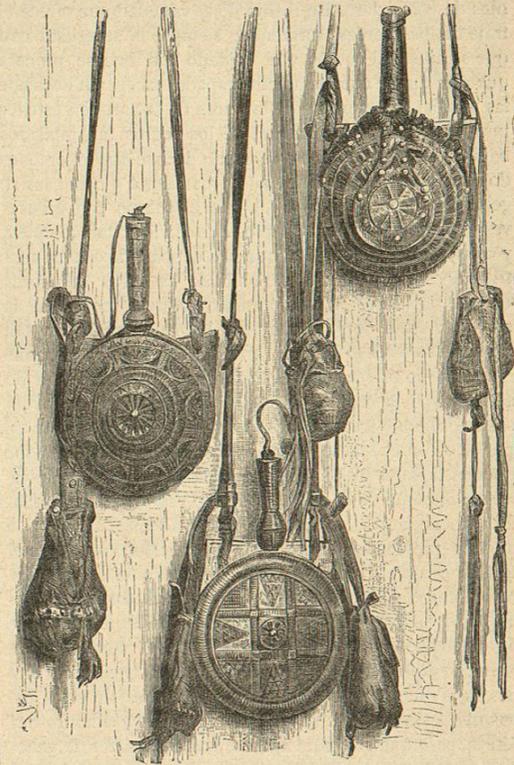
mero y tиббú el segundo) es un pequeño reino tиббú emplazado en el desierto, cuya importancia no estriba en la parte política y militar dentro del sentido corriente en el desierto, sino en el concepto económico. Visitado con frecuencia suma por los tuaregs y en cierto modo á ellos sometido, constituye este reino el puente de paso entre los países tиббús y los tuaregs: su centro es la ciudad de Bilma, famosa por su sal, circunstancia que da cierto interés á sus alrededores, puesto que la sal de Bilma y no otra cosa es lo que determina la historia política de Kawar. Este territorio tiene todavía todo el carácter propio del desierto, pero su clima es demasiado cálido para que en él puedan prosperar los dátiles tan bien como en los oasis del Norte: no hay en él falta de agua, pero el laboreo de las tierras deja algo que desear, pues el pueblo de Kawar se ha acostumbrado de la agricultura á consecuencia de las medidas coercitivas de los tuaregs, sus dominadores. Garu (ó Bilma) (1), capital y á la vez el lugar habitado más meridional del reino, cuyo extremo septentrional es el pozo Jat, tiene unos 1.000 habitantes y está rodeada de murallas. «La población — dice Rohlfs — es de las más sucias que he visto y sus casas bajas, irregulares y construídas con trozos de sal triangulares causan una impresión de repugnancia.» Kalala, la segunda población en perímetro y habitantes, aunque en lo demás enteramente igual á Garu, es la residencia del sultán, vasallo de los tuaregs y salteador de las caravanas débiles. La población sedentaria es, según Rohlfs, de 3.000 habitantes y se compone casi exclusivamente de tedas y de kanuris, hasta el punto de que el sultán reinante, en la época en que aquel viajero visitó el país, apenas hablaba el idioma árabe.

Las fronteras de los tuaregs (2) son las siguientes: la inmensa llanura arenosa del El Erg ó Argé, que como árida muralla de arena ligeramente ondulada se extiende desde el Pequeño Syrthe hasta el Océano (cerca de Arguín), limita el territorio de los tuaregs por el Norte, en donde puede citarse como lugar limítrofe Ghadamés; el famoso pozo de Asín, situado á mitad del camino entre la meseta Haggar y la cordillera Asben, forma el límite meridional; por el Este llega este país hasta Tuat y por el Oeste hasta el oasis del Wadi el Gharbi en Fessán. El centro de todo este territorio, la meseta Haggar, es á la vez fortaleza y manantial de fertilidad para el país de los tuaregs: desde allí encamínase hacia el Norte el gran Wadi del Igharghar, que se pierde al Norte de la región arenosa en las salobreñas hondonadas del Waddi Righ, en el Sahara argelino. Los mejores obser-

(1) Bilma no es el nombre de un lugar tal como suele aparecer éste en nuestros mapas, sino de una provincia, pero los árabes lo emplean libremente del mismo modo, aunque en sentido inverso, que Fez por Marruecos y Mursuk por Fessán. Los nombres de los lugares en cuyas cercanías están situadas las salinas de Bilma son Garu y Kalala, Garu es el lugar que comunmente se conoce con el nombre de Bilma.

(2) El nombre de *tuaregs* ó *tuareks* (y también *tuarigs* y *tuariks*) y en singular *targi* ó *tarki* no es conocido entre los habitantes del desierto á quienes se aplica ni como nombre genérico de pueblo ni como denominación especial de tribu y deriva exclusivamente de los árabes: los antiguos autores que lo usan (en Ibn Chaldún *Tarka* y en León Africano *terga*) aplicanlo únicamente á tribus aisladas. Los tuaregs se designan á sí mismos con un nombre cuyas huellas se encuentran ya en los antiguos escritores griegos, romanos y árabes, á saber: *amasigh* que hoy en día aparece bajo la forma de *amochar* (en plural *imochar*) acerca de cuyo significado no se tiene dato alguno positivo. Por lo que hace á los nombres de *tuaregs* y *targa* se cree que derivan del árabe *tereku dinihum* que se emplea para significar abandono de religión y hace alusión al cristianismo que en otro tiempo profesaron los tuaregs.

vadores califican á los tuaregs de la más pura de las tribus berberiscas, por más que, como casi todos los otros hijos del desierto, al abrazar el islamismo aceptaron los usos y costumbres árabes y dieron al olvido algo de lo que constituía su antigua naturaleza indígena. En este concepto merece consignarse que los hombres de color oscuro escasean entre ellos, y que, en cambio, los hay que tienen tan blancas como nosotros aquellas partes del cuerpo que suelen llevar tapadas. Entre los tuaregs los que se han conservado más puros son los del grupo septentrional, de quie-



Frascos para pólvora y balas, de Argel. (Colección Etnográfica Stockolmo).

nes dice Duveyrier que desde sus naturales fortalezas de las montañas pudieron ser los únicos testigos que, sin ser por ellos alcanzados, presenciaron los grandes movimientos étnicos que tan á menudo se realizaron en el Africa occidental. El color de la piel predominante entre los individuos de este pueblo es el amarillo rojizo, que algunas veces encontramos también entre los sudeuropeos, y únicamente aparecen anegrecidas por la acción del sol y del polvo las partes del cuerpo que generalmente están al descubierto. Su estructura corporal y su fisonomía se parecen muchísimo, al decir de los viajeros, á las de los europeos, no faltando observadores que los han calificado de hombres los más hermosos de Africa. Gracias á una vida moderada y á un ejercicio continuo, su musculatura ha adquirido gran desarrollo y á ella corresponde la energía que constituye el principal rasgo de su expresión fisonómica. Sobre todo los jeques de los tuaregs son por lo general de elevada estatura y hercúlea conformación, habiendo entre ellos algunos verdaderos gigantes: estas cualidades son hijas de la circunstancia de que estos individuos en la emigración de Norte á Sud y al acorralar á la población de color oscuro, se abstuvieron más rigurosamente que la masa de sus com-

patriotas de toda mezcla con el pueblo bajo. Entre los tuaregs occidentales hay, sin embargo, algunos jeques negros ó por lo menos mulatos; tales los encontramos, por ejemplo, en Ardchicho. Sus rasgos fisonómicos, y en este punto las mujeres se distinguen de una manera muy especial, tienen más semejanza con los europeos que con los árabes; pero la belleza del sexo femenino á menudo maravillosa es, como hace notar un buen observador francés, de aquellas á las cuales la educación no ha impreso un sello distinguido. Hay en este pueblo algunos aunque pocos ojos de color claro. En medio de la variedad que ofrece el traje de los tuaregs, sorprenden siempre la severidad con que se ajusta al cuerpo y el cuidado con que se procura que éste quede completamente tapado, excepción hecha de las manos, de los pies y de la punta de la nariz: en esto los tuaregs no sólo se distinguen de los negros tan relajados bajo este concepto, sino que puede decirse que exceptuando á los hiperbóreos de los países más fríos á quienes los rigores del clima obligan á cubrirse el cuerpo con gruesas vestiduras, habrá pocos pueblos que se vistan tan completa y constantemente como el que nos ocupa, á lo cual ha contribuido la sequedad y variabilidad extremas del clima de este territorio. A este propósito merece recordarse la siguiente frase de J. Richardson hablando de Ghat: «El frío era tan intenso en esta parte del Sahara, que por miedo al mismo nunca pude desnudarme.» Los elementos de su traje son la camisa (*tobe*), los calzones y el paño del rostro (*litham*), igual en todas las tribus y consistente en un pañuelo con el cual se da dos vueltas á la cara de modo que queden tapados los ojos, la boca y la barba, saliendo únicamente la punta de la nariz; este paño está también arrollado á la cabeza y á las sienes y como, además, va unido á un velo que descende por detrás de aquélla, constituye el tocado completo del targi. De estos lithames los hay de color índigo y blancos que llevan respectivamente los nobles y los plebeyos, derivando de esto las denominaciones de «tuaregs negros» y de «tuaregs blancos» con tanta frecuencia empleadas. Esta costumbre de taparse el rostro que en esta ó en otra forma encontramos también en otras tribus del desierto y que se extiende hasta muy adentro del Sudán, pero que sólo aquí aparece con el carácter de general y ha echado hondas raíces en las costumbres del pueblo, tiene nominalmente un objeto religioso, cual es, taparse la boca que el targi repugna dejar ver; pero casi puede asegurarse que el objetivo práctico, á saber, defender los ojos contra la finísima arena del desierto que tan fácilmente produce inflamaciones y el rostro contra el viento, es anterior al religioso que luego vino á agregársele. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el tuareg se quita lo menos posible este paño con que se cubre la cabeza y el rostro, lo cual es hijo de su carácter, puesto que no se lo quita ni siquiera en el extranjero: los tuaregs que varias veces han estado en París lo llevaban siempre puesto, incluso para comer y para dormir. El hecho de llevar este paño constituye el rasgo etnográfico más diferencial de este pueblo, al que ya los primeros árabes que con él estuvieron en contacto designaron con los nombres de *molathemin*, tapado con velo, ó de *ahel-el-litham*, gentes del velo. El tuareg no se quita el litham ni siquiera delante de su mujer. Un joven targi refería en Ghat al viajero inglés Richardson lo siguiente: «Cuando de regreso de un viaje llegué á mi casa y me encontré con mi mujer, adelantéme hacia ella y la contemplé con avidez pero sin descubrir mi rostro: no dejé completamente cubierto mi rostro y me senté tranquilamente junto á ella esperando con paciencia á que empezara á hablar. Cuando habló, hablé yo también porque enton-

ces supe que quería hablar. Es muy inconveniente presentarse á su mujer con la cara destapada.» Las mujeres tuaregs no se tapan el rostro ni aun después de haber abrazado este pueblo el islamismo; este hecho extraño sólo puede explicarse por la circunstancia de que su existencia aislada hace menos necesario cubrirse esta parte del cuerpo. La mujer disfruta en este pueblo de mayor libertad que entre los árabes y otros islamitas, mezclándose en las conversaciones y en los asuntos de los hombres, siendo muy de notar que, por lo menos en las tribus de sangre pura, no abusa, al parecer, de esta libertad. En cambio, en las tribus meridionales y occidentales abundantemente mezcladas con sangre negra, la moralidad de las mujeres deja mucho que desear á causa de la inconstancia de los hombres y de la poligamia. Dejando esta digresión sobre relaciones sociales y volviendo al traje, diremos que ricos y pobres y casi puede decirse hombres y mujeres llevan la misma clase de vestiduras; las variantes consisten en la mayor ó menor cantidad de tela de algodón en ellas empleadas y parecen depender más bien de la mayor ó menor aseabilidad de las telas que del gusto ó de la costumbre. La mayor parte de las telas de algodón de los tuaregs son ó blancas ó azules oscuras, siendo preferidas á todas las demás las de los territorios haussas, especialmente de Kano, á lo cual puede atribuirse el que los habitantes de las comarcas fronterizas de Haussa lleven las camisas (*tobes*) y los calzones anchos y arrugados al paso que las tribus orientales suelen llevarlos estrechos y sencillos. El paño de la cabeza y del rostro, constituye el tocado completo: el pelo se lleva muy corto en la coronilla y por los lados ó por detrás descendiendo formando una ó dos trenzas; á los niños se les corta dejándoles una especie de cresta. Cubre el cuerpo una larga camisa ó una túnica más corta en forma de blusa, una y otra de color blanco, y la holgada camisa que sobre ella se pone es el *tobe* azul de los habitantes del Sudán y ostenta los mismos adornos que éste. Los calzones también de tela de algodón azul del Sudán, son anchos y se van estrechando hasta llegar á los tobillos, de modo que se parecen mucho á los calzones de los antiguos celtas. El traje de las mujeres consiste en dos ó tres camisas largas de algodón atadas á la cintura por medio de un cinturón de lino encarnado; para tapar y especialmente para envolver la parte superior del cuerpo, usan un lienzo blanco ó encarnado ó con listas rojas que se ponen sobre aquellas prendas interiores. En la cabeza llevan arrollado un pedazo más ó menos rico de tela de algodón ó de hilo. Los ricos de ambos sexos visten á veces trajes lujosos y caprichosos que copian de los árabes. El calzado así de los hombres como de las mujeres consiste en recias sandalias en su mayor parte procedentes de Kano.

Los adornos escasean mucho en este pueblo y están limitados á las mujeres, las cuales usan sortijas, brazaletes de cristal y de plata y cuentas de cristal: los brazaletes de piedra que los hombres llevan en el brazo, sólo á medias pueden ser incluídos en el número de aquéllos. Bary hablando de los tuaregs occidentales, enumera una porción de extraños adornos usados por ellos, tales como brazaletes de arcilla hechos con una tierra fina especial y otros de serpiente: estos últimos son iguales á los que llevan los guerreros para parar los golpes.

Los tuaregs son un pueblo guerrero: los varones nunca abandonan las armas que forman parte del traje diario y que consisten en la espada, la lanza y el puñal, todas ellas fuertes y macizas, lo cual hace que sean muy superiores á las de la mayor parte de los negros. La espada es recta, larga y de ancha hoja y se parece mucho á la antigua es-

pada del verdugo; la lanza es toda de hierro ó se compone de una larga punta adherida á una asta de madera de korna; el puñal es generalmente todo de hierro, con un mango corto envuelto en alambres (véase el grabado del tomo I, pág. 328), y se lleva atado con una correa á la muñeca izquierda, de modo que el mango mire hacia afuera y la hoja hacia el antebrazo. Este sistema de llevar el puñal, arma de la que casi nunca se separan, era en un principio exclusivamente peculiar de los tuaregs, pero actualmente se ha extendido fuera de su territorio, hacia el Sudán occidental, por ejemplo (véase el grabado de la pág. 240). Los fusiles eran todavía en 1840 un arma rara entre los tuaregs de Ghat, á pesar de la actividad mercantil que les caracteriza; pero hoy día están muy generalizados. Estas tres armas no deja de llevarlas ningún personaje noble ó libre, quienes usan igualmente los escudos de cuero. Para la caza se emplean, como en Darfur, maderas arrojadas parecidas al bumerang. El arco y la flecha son las únicas armas que usan las humildes tribus montañosas de Haggari incluídas en el número de los siervos (*imrihad*): el armamento de las clases sometidas á las gentes libres es mucho más pobre que el de las clases elevadas. Este pueblo considera como arma un objeto que á nosotros nos parece más bien adorno, á saber, el brazaletes de piedra que llevan en el brazo los hombres en cuanto son aptos para el servicio de las armas y que se supone sirve para parar los golpes: la piedra de que está hecho es la serpiente verde, procedente del país de los asgares y de los auelimmidas, y el trozo aplicado á este objeto es ancho y pulimentado. Todos los tuaregs, excepción hecha de los marabutos, llevan estos brazaletes y los tienen en tanta estima que nunca ó rara vez le es dado á un viajero hacerse con alguno de ellos: lo notable es que este adorno ó arma no se encuentre entre ninguno de los vecinos de este pueblo. La dirección guerrera de los tuaregs acusa una organización militar superior á la de los tиббús: de la misma manera que entre los árabes, la organización social en tiempo de paz está calculada para las contingencias de la guerra.

La sucesión hereditaria dentro de la línea femenina, no se limita entre los tuaregs á las familias de los príncipes, sino que informa la vida de toda la población, puesto que en Ghat, por ejemplo, las mujeres y no los hombres son los verdaderos poseedores hereditarios. Aunque la población es en su mayor parte mora, la mayoría de las casas pertenecen á las mujeres á quienes les son regaladas por sus amigos ó parientes el día de la boda ó corresponden por derecho de herencia: esto explica en parte por qué en este país la condición de la mujer es mucho mejor que en otros países mahometanos. Batuta, describiendo esta costumbre de la sucesión hereditaria dentro de la línea femenina con relación al pueblo berberisco de los twalates del Sahara occidental, dice: «Hasta ahora sólo había encontrado esta costumbre entre los idólatras de Malabar, en la India.» Pero esta afirmación no es exacta por lo que toca á nuestros conocimientos, porque tal costumbre la encontramos además, no sólo entre los tиббús sino también entre los nubios y los berberiscos; es más, por toda el Africa vemos reminiscencias de esta preferencia de la mujer, especialmente en lo que atañe á la sucesión dentro de las familias reinantes.

Anteriormente hemos hablado ya de las ciudades de los tuaregs, cuyas son la mayor parte de las grandes villas del desierto, puesto que el Sahara oriental, excepción hecha de Fessán, tiene muy pocas. Pero aun esas grandes ciudades son de muy escasa importancia, así es que á pesar de poseerlas los tuaregs, no serán nunca un pueblo de ciudades como los haussas. El oasis de Ghat que contiene la

ciudad más notable de todas las de los tuaregs es pequeño, no pasando su perímetro de una milla alemana: el espacio que ocupan las huertas no es tampoco muy grande, y en cuanto á la ciudad la impresión que produce dista mucho de acusar gran importancia. A pesar de la abundancia de piedra que caracteriza á los terrenos circundantes y de que no falta en ellos la cal, las casas están construídas con barro y la poca madera que en ellas se emplea es de palma datilera, único árbol que prospera en aquel país: estas viviendas causan así interior como exteriormente el efecto de edificios ruinosos; en ellas no encontramos la brillante blancura que caracteriza á las de las ciudades costaneras, sino que conservan el color natural del limo secado por el sol que una copiosa lluvia fácilmente disolvería. Una sola torre de mezquita merece el nombre de minarete. Las murallas que circuyen á la ciudad no tienen más de tres metros de altura y sus seis puertas no pueden ser sólidamente cerradas. Al Sud se extiende un arrabal formado por unas 60 casas de barro y al Oeste una aldea compuesta de algunas diseminadas cabañas de paja de palma. En el centro de la ciudad hay la plaza mercado de forma cuadrangular, que es el centro de la vida comercial, del gobierno y de la magistratura. Una de las particularidades características de las ciudades del desierto que también nos ofrecen, aunque en menor grado, las de la costa son las ingeniosas cerraduras de madera cuyas llaves consisten en un pedazo de madera con varias clavijas en uno de sus extremos á las cuales corresponden otras tantas cavidades de la cerradura, estribando la dificultad de abrir en la disposición á menudo muy complicada de unas y otras. Por regla general no es tarea fácil el manejo de estas cerraduras, siendo precisa una gran práctica para entenderlas.

En las ciudades en donde el comercio y el tráfico ejercen gran influencia en la vida de los habitantes, el conocimiento de la lectura y de la escritura está muy extendido. Richardson exagera indudablemente cuando dice «que toda la población de Ghat y de Ghadamés sabe leer y escribir,» pero no cuando añade que los ghadameses se vanaglorian de que sus hijos varones aprenden todos sin excepción la lectura y la escritura, pues esta aseveración se halla confirmada por otros muchos testimonios. En las ciudades del desierto se han creado á este objeto escuelas nocturnas, y hace ya 30 ó 40 años no se podía transitar de noche por las calles de una ciudad, bajo otros conceptos quizás poco floreciente, sin oír recitar en tono monótono á los chiquillos que hacinados en reducidos locales aprendían al unísono y de memoria el Alcorán que es para ellos el abecé, el libro de los preceptos, el abecedario, el manual de la piedad y, en suma, el compendio de todos los conocimientos.

Aun cuando uno de los caracteres de los tuaregs es su fraccionamiento en infinidad de tribus ó clanes, demuestran por otra parte su cohesión no sólo la comunidad de idioma sino también la identidad del nombre que se dan á sí mismos y la del que á su idioma aplican. Los asgares se denominan á sí propios *imohages*, los haggares y los auelimmidas *imojares*, y los naturales de Air *imajirhes* y todos ellos dan á su lengua el nombre de *temahaq* ó *temajeq*: estas denominaciones son las mismas que volvemos á encontrar entre los berberiscos marroquíes que tienen para sí y para su idioma las palabras *imaziq* (en plural *imaziges*) y *tamazig* respectivamente. Entre los antiguos se nos aparece este nombre en los *mazyeres* ó *mazikeres*; y que su significado ha sido siempre el mismo, nos lo demuestra la concordancia existente entre las antiguas descripciones y las actuales circunstancias.

Los tuaregs del Norte se dividen en asgares (*asjer*) y